

KEY METAPHORS FOR HISTORY. MIRRORS OF TIME. *Javier Fernández-Sebastián. Primera edición: 2024, London. ROUTLEDGE Taylor & Francis Group. Colección: Roudlege Approaches for History* 338 páginas

Aunque escrito por un historiador, este no es un libro de historia al uso; no contiene la narración de eventos de carácter político, social, cultural, militar, científico o de otra índole; tampoco cuenta la vida y hazañas de personajes individuales o colectivos. A pesar de ello, quien se zambulla en sus páginas lo hará en las aguas de la historia, estará sumergido en ella, en sus profundidades. Lo que sí nos cuenta, es la historia de la arquitectura historiográfica, revelando los secretos de su obra: los cimientos, materiales y planos utilizados por los historiadores para levantar el edificio narrativo de la historia. Nos desvela que, para hablar del pasado, el historiador recurre a una serie de conceptos e imágenes, en su mayor parte de carácter metafórico, que enmarcan, determinan y organizan el puzle de unos hechos que, sin estos instrumentos, no serían más que un conjunto caótico de acontecimientos inconexos.

La relevancia y pertinencia de este ensayo se fundamenta en el hecho de que los conceptos y metáforas vigentes en un periodo concreto no son un mero indicador de los cambios producidos en

ese periodo, sino que en sí mismos son un factor fundamental que los guía y determina; “la metáfora sería una acción a distancia sobre el mundo y de producción de sentido”. La articulación entre conceptos que en todo caso provienen de una metáfora que se ha solidificado en un momento concreto de un modo específico: “basta con excavar un poco en el subsuelo del concepto para llegar al lecho rocoso de la metáfora subyacente” y metáforas la logra el autor analizando la historia de los conceptos utilizados para interpretar los acontecimientos, junto a las múltiples metáforas que refuerzan o cuestionan cada uno de esos conceptos. La filosofía nos ha enseñado que los conceptos no son entes estáticos que una vez establecidos permanezcan inalterables a lo largo del tiempo, al contrario, tienen su propia historia, son entidades vivas y dinámicas que evolucionan, ampliando o restringiendo su significado, adquiriendo otros nuevos y abandonando los antiguos, de modo que bien puede ocurrir que hoy los entendamos en forma inversa al significado original. Si esto es cierto para los conceptos mucho más lo será para

las metáforas cuya elasticidad semántica es una de sus cualidades esenciales. Los científicos sociales en general y los historiadores en particular deben de ser conscientes de esas capas de significados acumulados para no caer en la falacia de atribuir intenciones, objetivos y visiones del mundo que no tienen nada en común con la auténtica perspectiva de los agentes. Como mantienen, entre otros, Reinhart Koselleck o Hans Blumenberg, referentes teóricos fundamentales en historia conceptual, todo concepto o metáfora, sobre su significado original, ha venido atesorando lentamente estratos semánticos que influyen en la comprensión del mundo social e histórico y, en la mayoría de ocasiones, sin que sus usuarios sean conscientes de la velada influencia que esos sedimentos ejercen sobre su comprensión.

Pero toda la metodología histórica que se enseña en las facultades no es suficiente para prevenir errores y sesgos, como señala Javier Fernández-Sebastián, ya que ninguna ciencia de la naturaleza, y mucho menos las ciencias sociales, es inmune a la cultura en que se cultiva y a sus visiones del mundo. Detrás de los conceptos y metáforas que una época emplea en sus apreciaciones y juicios, late siempre un imaginario social como matriz que alimenta los sentidos, pensamientos y prácticas de la sociedad, inculcado en cada individuo, mediante un intenso y complejo proceso de socialización que continúa a lo largo de toda la vida, a ver y ordenar el mundo de un modo determinado; imaginario en el que el mismo historiador está inmerso, por ello no debe extrañar que lo asuma como algo natural e indiscutible. Por no hablar de los “propios filtros categoriales”, creencias personales o ideologías de las que tampoco puede sustraerse sin un ejercicio de autoexamen que atenúe en lo posible los sutiles pero inexorables efectos que provocan en nuestros modos de percibir

y comprender la realidad presente, pasada o futura.

Esto llevaría, en su momento, a la formulación del perspectivismo como mirada naturalista sobre las cosas, pero, aun así, cualquier perspectiva que se elija prescribe lo que se ve, aunque también, ignora lo que oculta. Como apuntó certeramente Nietzsche en su crítica al perspectivismo, cualquier posición desde la que se mire el mundo es arbitraria; no hay ningún “rincón” privilegiado desde el que pueda verse el mundo desde una perspectiva adecuada. Por tanto, no basta con un único foco desde el que observar el pasado, habría que aplicar infinitos puntos de vista para llegar a vislumbrar las múltiples facetas de la realidad histórica, algo materialmente inalcanzable y que solo es superable mediante la teoría hermenéutica de G. H. Gadamer de la “fusión de horizontes” la cual ofrece una salida al falso dilema entre objetivismo e historicismo, universalismo y relativismo. Estas y otras constataciones relativizadoras de supuestos saberes absolutos, han llevado en los últimos tiempos a las ciencias sociales a asumir “el carácter inevitablemente histórico de todo conocimiento” y, por ende, del lenguaje que lo hace posible. Desde la conciencia sobre la “lingüísticidad del mundo y de la historicidad y contingencia del lenguaje” ha surgido “una nueva sensibilidad hacia el carácter histórico de la propia historia”.

La cuestión lingüística en historia presenta, según nuestro autor, dos vertientes: de un lado están las metáforas y conceptos utilizados por los agentes de los hechos pretéritos; de otro, el aparato analítico-conceptual del historiador que intenta reconstruir, analizar, interpretar y plasmar en un discurso coherente tales hechos. Esto implica dos estrategias analizadas por Max Weber hace más de un siglo; la primera consiste en conocer lo que los conceptos □ y metáforas □ significaban para los agentes y así com-

prender el punto de vista de testigos y protagonistas de los hechos estudiados; la segunda, implica traducir esos conceptos al lenguaje del historiador y sus coetáneos, aunque habría que señalar que “la frontera entre ambas aproximaciones para el estudio de la historia es sumamente porosa”, dificultando la separación entre ambas perspectivas.

El libro pone el foco sobre las vicisitudes de los conceptos y metáforas utilizados por la historiografía a lo largo del tiempo, centrando sus pesquisas en la intrahistoria de esas imágenes, desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Nos muestra, por ejemplo, cómo las “fuentes” ilustradas sustituyeron a los “testigos y autoridades” medievales y las fuentes lo fueron por la noción del “río de la historia” al final del siglo XIX, y esta, por la vigente de los “estratos del tiempo”. No obstante, ya que algunos de esos conceptos y metáforas gozan de una cuna ilustre y ancestral que se remonta desde la tradición greco-latina, medieval o renacentista hasta la modernidad, no deben sorprender al lector las citas a Platón o Aristóteles, Heródoto o Tucídides, Tomás de Aquino o Agustín de Hipona, Kant o Hegel, Marx o Nietzsche, para conocer la autoría o la crítica de alguna metáfora histórica, siguiendo su trayectoria vital desde su nacimiento hasta hoy. Además, como conocedor y practicante del oficio, cada una de las etapas en la vida de los conceptos y metáforas de la historia aparece respaldada con pruebas documentales que atestiguan y verifican los argumentos y tesis del autor.

A modo de ilustración que estimule la curiosidad del lector, voy a trazar sucintamente el recorrido de un par de las metáforas analizadas. En primer lugar, el autor considera la metáfora de la historia como “espejo del pasado” en sus diversas versiones: desde el platónico rechazo por tratarse de una imagen hueca y mera simulación sin valor cognitivo alguno; pasando por el didáctico “espejo de

príncipes” que prolifera en la baja Edad Media y los albores de la Modernidad, pasando por la versión marxiana de las ideologías como reflejos distorsionados de la realidad, hasta el conspicuo “salón de los espejos” que ejemplifica los tiempos caóticos y llenos de confusión en que se desvanecen las fronteras entre realidad y ficción. Relacionada con la metáfora del espejo, a partir de 1839 con la invención de la fotografía por Louis Daguerre, se creó una nueva metáfora asumiendo las características especulares de la metáfora clásica y la historia es pensada como fotografía fiel del pasado. Poco más tarde, la imagen en movimiento del cinematógrafo vendría a reforzar dicha metáfora. Aunque pronto se hizo evidente la trivialidad de ambos tropos, ya que ni la imagen fija de la fotografía ni la móvil del cine son capaces de captar la complejidad inabarcable del acontecimiento, por no hablar del foco, la luz o el ángulo desde el que se toman tales imágenes que, sin embargo, son los factores clave del elemento artístico de los dos referentes. Finalmente, la imagería de la historia como espejo del pasado fue reemplazada por la metáfora del “edificio”, “trascendental en la distinción entre acontecimiento y hecho histórico.”

La industrialización produjo grandes cambios en las metáforas dominantes hasta entonces, sustituyendo la iconografía clásica de Clío, musa de la historia, sentada con la cabeza vuelta, escribiendo sobre la espalda del padre tiempo, Cronos, por imágenes mucho más excitantes y acordes con el simbolismo de la máquina de vapor. Nos referimos al icono del convoy ferroviario lanzado intrépido hacia un futuro desconocido que algunos pretendían conocer. El tren del tiempo, el ferrocarril del progreso, la locomotora rugiendo a gran velocidad para alcanzar cuanto antes un utópico destino son imágenes que informan la trillada alegoría marxiana de la revolución como locomotora de la historia □ metáfora central

de la propaganda soviética□ o el elogio de Spencer a la red ferroviaria como paradigma del progreso, desplazando y sustituyendo a la gentil doncella e imparcial maestra, notaria fiable de los eventos pasados. Pero el desengaño de las esperanzas revolucionarias evidenció que los trenes también pierden el control y descarrilan, imponiendo la imagen de una furiosa máquina sin conductor, avanzando a velocidad endiablada y arrollando cualquier obstáculo que se interponga en su camino. El triunfo del maquinismo y la fascinación por la velocidad reveló el lado cruel e inexorable de la musa en las dos guerras mundiales, con los trenes de la muerte nazis y los gulags estalinistas, reduciendo toda esa retórica a un montón de chatarra.

El modo de entender la propia historia también está mediatizada por una serie interminable y cambiante de conceptos y metáforas íntimamente relacionados con ellos y su siempre creciente campo semántico, entre los que destacan el concepto del tiempo y su tripartita división en pasado, presente y futuro, con sus diversas adaptaciones: el pasado como escuela para el presente defendida por la tradición historiográfica; o como país extranjero en el que el historiador puede actuar como explorador, conquistador o turista denotando diferentes grados de dominación y colonialismo; o bien, puede ser considerado como un misterio que el historiador-detective debe esclarecer; o como cadáver al que el historiador realiza una autopsia o, la más perturbadora, que la toma como una necrópolis en la que el historiador ejerce de médium que comunica el mundo de los vivos con el de los muertos. Las relaciones cambiantes entre pasado, presente y futuro, a su

vez, han estado influidas por metáforas que aluden a auroras y ocasos, luces y tinieblas. Tradicionalmente se pensaba que el pasado iluminaba el presente, pero en el mundo moderno el foco se desplazó hacia un futuro que se proyecta sobre el presente y el pasado. Al fin, tras el fracaso de las utopías decimonónicas, “la luz del futuro se debilita y emerge un nuevo y flamante presentismo” que se mantiene vigente, arrojando su luz engañosa, algunos dirían sombra siniestra, sobre un incierto porvenir y “sometiendo al pasado a juicios unilaterales basados en sus propios valores y criterios”. Desde los años noventa del pasado siglo hasta hoy, el calentamiento global y la entrada en una era genuinamente planetaria, el futuro parece tomar de nuevo las riendas, aunque ahora su luz presenta un tinte crepuscular que anuncia la catástrofe global a la que estamos abocados “si la tiranía del presentismo hace que ignoremos las consecuencias de nuestras acciones sobre las generaciones futuras”.

Para terminar, debemos tener presente que todo el elenco de conceptos y metáforas de carácter histórico, unas vigentes y otras superadas y reemplazadas a nivel académico, que hablan de la historia como espejo, maestra, tribunal, construcción, camino o corriente; de fuentes y procesos; de progreso y decadencia; de crisis, transiciones y revoluciones, queda disponible en el lenguaje común y ordinario, como en un repositorio, pres-tos a resurgir en otro momento, en otros ámbitos y usos, y probablemente, con diferente significado.

José Carlos Fernández Ramos
jcfernandezr@invi.uned.es
UNED